

Fulgor y muerte del Gran Búfalo Prieto

MAURICIO CARRERA

A Diego, todavía más lejos: en Uruguay

Abogado y escritor chicano, Oscar Zeta Acosta luchó por las causas sociales de su comunidad y escribió dos novelas emparentadas con lo testimonial, *La autobiografía de un búfalo prieto* (1972) y *The Revolt of the Cockroach People* (*La revuelta del pueblo cucaracha*, 1974), antes de morir—en circunstancias todavía no aclaradas—durante un viaje por mar entre Mazatlán y San Francisco, en junio de 1974. Su vida y su literatura son de alguna manera inseparables. El tema de sus obras es él mismo. Es la búsqueda de un yo y de una identidad: la suya propia y la de la comunidad chicana a la que pertenecía. ¿Qué era descubrirse y definirse como México-norteamericano en la década de los sesentas, principios de los setentas? Tras los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, en 1848, la condena a la *liminalidad*. Desde entonces, el destino de vivir en dos culturas diferentes y en ocasiones incomprensibles y hasta antagónicas. Ni mexicano ni norteamericano, ¿entonces? Chicano.

Antes, el término—del que se desconocen sus orígenes exactos—tenía una connotación peyorativa. Se aplicaba al “mexicano de ‘clase inferior’, entendiendo por el mismo un ciudadano estadounidense de ascendencia mexicana, fuese oriundo de los Estados Unidos o ciudadano ya naturalizado” (Villanueva, 7). A partir de 1965, sin embargo, *chicano* comienza a ser una palabra que se emplea con orgullo. Es el año en que César Chávez organiza a los trabajadores rurales de origen mexicano en los Estados Unidos. Al orgullo nacional, que los solidariza en sus luchas contra la explotación de sus patrones, los México-norteamericanos agregarán su muy especial problemática—entre ella el bi-

lingüismo—para crear lo que bien podría denominarse una “cultura entre dos culturas”. Octavio Paz ha señalado que si bien no se sabe “si los chicanos son semillas de vendaval arrojadas por un vendaval o los sobrevivientes de un inmenso naufragio histórico... sean lo que sean, su cultura es antigua pero ellos son nuevos. Son un comienzo” (Ruiz, 36).

Oscar Zeta Acosta, en sus obras, atestiguó este proceso de descubrimiento, aceptación y reconocimiento de lo chicano. Su testimonio no es novedoso; ya antes había sido contado por escritores como José Antonio Villarreal, autor de *Pocho* (1959), considerada como la primera novela chicana, así como por Tomás Rivera, Rudolfo Anaya, Rolando Hinojosa; más recientemente, por Sandra Cisneros, Helena María Viramontes y, desde un paradójico conservadurismo, Richard Rodríguez. Son escritores que, al ahondar en sus raíces y en la muy especial problemática personal y social en la que se desenvuelven, le han dado valor literario—y por supuesto político y cultural—a la vida de la comunidad de ascendencia mexicana en los Estados Unidos. La obra de Zeta Acosta, en particular, se caracteriza por coincidir con el periodo de reivindicación de lo chicano, a partir de los movimientos laborales, sociales y culturales que en los Estados Unidos se dan desde los sesentas. Sus dos novelas, por ejemplo, también dan cuenta de la experiencia psicodélica de aquellos años. El autor, si dejamos a un lado la etiqueta de México-norteamericano que lo identifica (pero que también lo limita), formó parte de ese grupo de escritores que como Ken Kesey o su amigo, el periodista gonzo, Hunter S. Thompson, *cronicaron* la rebeldía juvenil de la época e incursionaron en el mundo

de las drogas, protestaron contra lo bélico y buscaron formas alternativas de vida. Fue un autor de la contracultura y lo *underground*. Si Zeta Acosta posee un reconocimiento menor como cronista de esos años, se debe más a su temprana muerte y al hecho, innegable, de ser un escritor chicano en una sociedad comercialmente enfocada hacia los valores "anglos".

Su obra ha llegado a ser estudiada en el ámbito universitario de los Estados Unidos, con tesis académicas como la de Genaro Padilla (*The Progression from Individual to Social Consciousness in Two Chicano Writers: José Antonio Villarreal y Oscar Zeta Acosta*, 1981); también la obra de este escritor ha quedado registrada en libros como el de Ilan Stavans, *Bandido: Oscar Zeta Acosta and the Chicano Experience* (1995), o artículos como los de Hunter S. Thompson, a propósito de su amistad con el desaparecido escritor chicano. Este último ha dicho con respecto a Zeta Acosta:

Oscar fue un muchacho salvaje. Él hacía ruido en cada pedazo de tierra sobre el que vagabundeaba, y mucha gente lo temía. Su cumpleaños no figura en ningún calendario y su muerte pasó casi inadvertida... Pero el hoyo que dejó fue grande, y nadie ha tratado siquiera de llenarlo. Era un jugador. Era Grande. Y cuando él se atravesaba en tu camino, uno sabía que traía música, así nos gustara o no (*The Autobiography of a Brown Buffalo*, "Introducción", 5).

En México, poco o nada se conoce sobre este escritor. No fue hasta 1994 que se tradujo al español *La autobiografía de un búfalo prieto*. *The Revolt of the Cockroach People*, su segunda novela, continúa sin traducirse. No sin ironía Ilan Stavans menciona que, "a pesar de su ascendencia mexicana, nadie detrás de la Cortina de Tortilla sabe o ha escuchado algo de él. Recientemente le pregunté a José Agustín... si él había escuchado hablar de Oscar Zeta. 'No, nunca. Para nada', respondió categóricamente" (10).

¿Por qué valdría la pena leer a Zeta Acosta en México? En principio, por la indudable calidad de su prosa. Pero también, por su carácter testimonial. Su experiencia chicana interesa, así sea por su cercanía o enfrentamiento con lo norteamericano, cuya influencia en nuestro país se agiganta cada día a consecuencia del Tratado de Libre Comercio y a las políticas neoliberales originadas desde la Casa Blanca y Wall Street. No hay en esto un tono apocalíptico sino de mesurada apreciación. "¿Será México en lo futuro una nación de chicanos?", como se pregun-

ta Carlos Monsiváis (Ruiz, 36). El peligro existe, debido al deterioro de nuestras economías y al pujante crecimiento de nuestro vecino del norte. Si a eso le agregamos la globalización como fase superior del imperialismo norteamericano, la impasibilidad de nuestros gobernantes y lo gringo como sinónimo de modernización y mejoría financiera, el panorama se completa. La integración parece inevitable. Los Estados Unidos avanzan, y no hacia el gélido norte sino al templado sur. Por supuesto, a la penetración cultural se opone una resistencia cultural, tal y como ha sucedido desde la Conquista, o para el tema que nos ocupa, desde el año de 1848. Es la invasión silenciosa de la que habla Leopoldo Zea. A las hamburguesas la oposición de los tacos y viceversa. Al *melting pot*, el mestizaje. Importa en todo caso lo que suceda en México, no en los Estados Unidos. El resultado: *acaso* una nación más chicanizada, que se debate entre dos culturas, dos naciones, dos idiomas, y entre las nociones de pasado y crisis hispanoamericanas y de futuro y bonanza angloamericanas. La búsqueda de una identidad, como pueblo que sufre el destino manifiesto y el sino monroísta impuesto por los Estados Unidos, incapaces como fuimos de construir nuestro propio sueño americano. La pesadilla estará ahí, como un aspecto más de nuestra psique (primero la conquista, luego Santa Anna, después el PRI y ahora esto) y de nuestras sociedades. Carlos Fuentes y José Agustín, entre otros escritores, han vislumbrado ese futuro, no muy alentador. Oscar Zeta Acosta, desde el otro lado, brinda su versión de los hechos: ser moreno en una sociedad blanca, eternamente confundido con samoano, pie negro o mongol, sin más remedio que asumirse como uno de ellos, según el caso, para evitar complicaciones. Se trata, además, de un representante de uno de los muchos Méxicos en que vivimos: aquel del otro lado, el que vive en "las entrañas del monstruo", para utilizar la expresión martiana. En Oakland, donde pasó su infancia, o en *Lost Ángeles*, donde escribirá y trabajará en pro de lo chicano. Es un representante, y no, de ese México de allá, puesto que ha nacido norteamericano y su lengua es el inglés. De ahí su especial tragedia, que puede ser la nuestra. Ni enteramente gringo ni enteramente mexicano. De ahí también su imagen del búfalo prieto, que descubre no como una condena sino como algo digno y hermoso. Reivindicador de su ascendencia mexicana, Oscar Zeta Acosta encontrará en "la raza" y en la proverbial aunque estereotípica morenez suya y de su comunidad los motivos para resistir la pe-

lipos

beauté naturel

PARFUM

netración cultural de los anglos y su dominio político y económico. Al final de su primera novela, cuando su protagonista se descubre "chicano por estirpe y Búfalo Prieto por elección", reconoce las bondades de la unidad para luchar en contra de la opresión: "A menos que permanezcamos unidos, los búfalos prietos nos extinguiremos. Y no deseo vivir en un mundo donde no haya búfalos prietos." En su segunda novela—que tiene al abogado chicano Buffalo Brown como protagonista—, este afán reivindicador es mucho más claro, aunque también hay ciertos dejes de desilusión y desencanto ante la magnitud y obstáculos que enfrenta su lucha. Su activismo es patente desde la adopción del apellido "Zeta", que toma de un coronel revolucionario de película, interpretado por el Indio Fernández en *La cucaracha*, y por el uso de esta palabra para nombrar al pueblo que da título a su obra, pues "las cucarachas son los tenaces participantes en la Revolución de 1910, que marchaban al son de *La cucaracha*, la inspirada canción que surgió durante este sangriento conflicto" (Tatum, 166). Hay, también, por supuesto, una autocritica, pues las cucarachas se esconden y son insectos repugnantes que se aplastan.

Sus últimas palabras: mantener secos los pies y los calcetines

Oscar Zeta Acosta, que nace el 8 de abril de 1935, en El Paso, Texas, que estudió leyes, llegó a pesar más de cien-

to veinte kilos, incursionó en el LSD, se postuló como sheriff del condado de Los Ángeles, perdió las elecciones, escribió dos novelas, viajó por los bares estadounidenses junto con su amigo Hunter S. Thompson, bebió tequila en serio, recibió andanadas de gas lacrimógeno, fue fotografiado por Annie Leibovitz, a quien declaró su fotografía oficial, el mismo Zeta Acosta que ayudó a organizar el Brown Power, un movimiento que, de acuerdo con periodista gonzo, "el LAPD lo consideraba más peligroso que el de las Panteras Negras" ("Introducción", 6), dejó de existir a los 39 años y no a los 33, edad en la que él pensó que iba a morir. Su muerte ocurre tras algunas semanas de vacaciones en

C.M.

México. El abogado Buffalo Brown marcha a Acapulco y luego a Mazatlán, donde la leyenda habla de muchos tragos, mujeres, acaso drogas. Se le oye comentar con entusiasmo de una nueva novela, de la que tiene hasta el título: *Rise and Fall of General Z*. Parece feliz. Cosa curiosa, escribe su testamento. Le deja todo a su hijo, Marco F.M. Acosta, a quien le recomienda—son sus últimas palabras por escrito—"mantener secos los pies y los calcetines". Le llama por teléfono y le informa de sus deseos de navegar en un yate desde Mazatlán a Los Ángeles. Una locura. Pero ¿quién iba a impedirlo? Él era el Gran Búfalo Prieto. Sus locuras, y ahí estaba Hunter S. Thompson para atestiguarlo, eran el pan de cada día. "Era un muchacho salvaje." Hizo su voluntad. Probablemente se embarcó. Nadie sabe. Desde ese día su nombre aparece bajo el rubro de desaparecido. Ni el cuerpo ni el yate fueron encontrados. Ninguna huella. Nada que indicara su muerte o si seguía vivo. Las suposiciones: líos de drogas, o tal vez el FBI, que lo investigaba por su activismo a favor de la comunidad chicana, o tal vez un borracho y drogado escritor que perdió el paso, cayó por la borda y fue devorado por el Pacífico, el mar de Cortés, un tiburón o un huauchinango. Tal vez. "Pero, como diría el viejo Doc Jennings, ésa es ya otra historia."

Hunter S. Thompson dijo de esa muerte: "Oscar era uno de esos prototipos propios de Dios: un altamente poderoso mutante que incluso nunca fue considerado para producirse masivamente. Era demasiado extraño para vivir y demasiado raro para morir..." ("Introducción", 7).

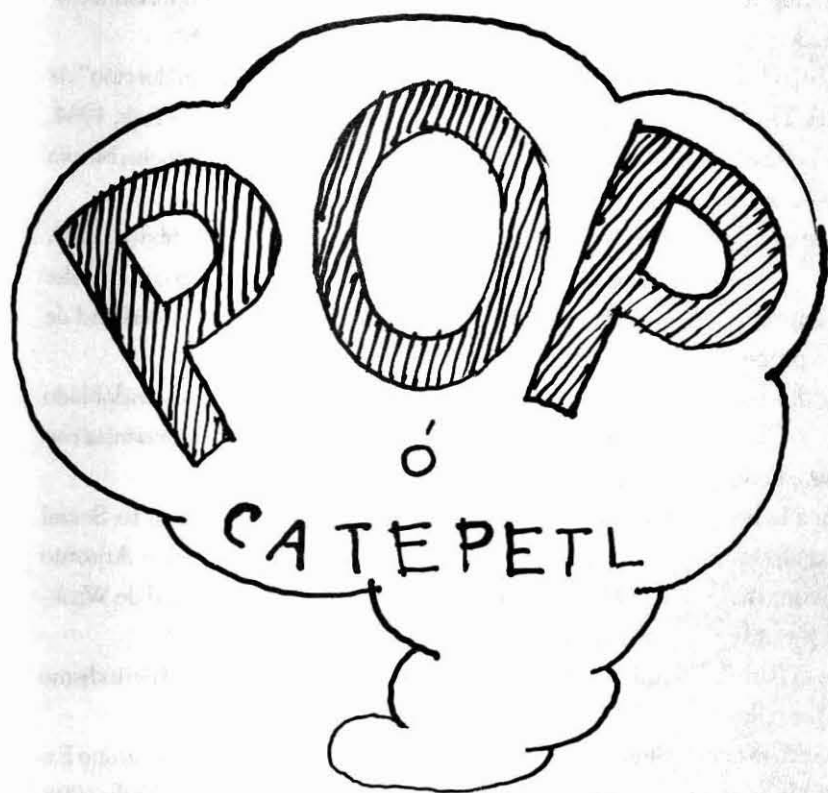
La autobiografía de un búfalo prieto es posible analizarla mediante la figura de Calibán, conforme al modelo señalado por Fernández Retamar para explicar la realidad latinoamericana. En la novela se da cuenta de la muy especial problemática, cercana al fenómeno colonialista, que caracteriza las relaciones entre ese Próspero (personaje de Shakespeare que toma Rodó y Fernández Retamar para representar la condición colonizadora), que obviamente son los angloamericanos, y ese hombre salvaje, Calibán, que constituyen los miembros de la comunidad México-norteamericana en los Estados Unidos.

Zeta Acosta, protagonista de esta novela, se contempla a sí mismo como un hombre feo y repugnante, salvaje ("el Cro-Magnon original"). Siente una náusea física y existencial, debido a los excesos étlicos y alimenticios que ha cometido, pero también a que la propia sociedad norteamericana lo ha ido despojando de su identidad. Desde niño lo han tratado como un ente extraño, exótico. Primero lo privan de su idioma —el español— y más

tarde del amor, pues las muchachas anglos lo rechazan por su carácter de México-norteamericano. Zeta Acosta hace todo por integrarse. Quiere ser tratado como igual. Para ello, intenta parecerse lo más posible a Próspero. Es abogado, pues quiere aplicar las leyes estadounidenses. También, como Calibán, aprende el idioma del colonizador. Perderá el español porque el inglés es la lengua que debe hablar. Las mujeres que le gustan son las rubias anglo-norteamericanas y no las morenas México-norteamericanas, porque así es el estereotipo impuesto de belleza. Está incluso dispuesto a cambiar su apellido por uno más anglosajón. No sólo eso, abandona el catolicismo, que es la iglesia de Calibán, para convertirse en baptista, que es la iglesia de Alice Joy (la Alegría), de Próspero y de Norteamérica. Todo es inútil, pues Próspero —el anglonorteamericano— no lo acepta como uno de los suyos. Le niega a sus Mirandas —en la persona de Joy, por ejemplo, la hermosa y juvenil rubia que es como una representación de los Estados Unidos— y también su identidad como estadounidense. Nadie cree que sea norteamericano sino más bien un samoano, es decir un nativo de las islas (como Calibán).

Zeta Acosta sufre una crisis de identidad que lo lleva a buscar sus raíces. Emprende —la fecha: 1967— un alocado viaje que lo lleva de San Francisco (la náusea) al sitio de nacimiento de Hemingway (la búsqueda de la Gran Novela Norteamericana), a México (donde se da cuenta de que parece mexicano pero no es mexicano), al cruce fronterizo de regreso a su país (donde los agentes de la migra no creen que sea estadounidense), y finalmente, otra vez a los Estados Unidos, donde comienza a enterarse del movimiento chicano y de que hay más búfalos cafés como él.

La novela termina con un optimismo casi poético, pues Zeta Acosta vislumbra la posibilidad de unión de su comunidad para formar una nueva nación —Aztlán—, donde los búfalos cafés —animal poderoso, dueño de aquellas tierras, que estuvo a punto de ser exterminado por el afán colonizador de Próspero— no sufran la opresión ni la negación de la sociedad blanca norteamericana.



eau de légende

C.M.

En *The Revolt of the Cockroach People* ese optimismo desaparece. La tan cercana y ansiada Revolución no ha podido llevarse a cabo, debido, por un lado, a la represión de que comienza a ser objeto la comunidad chicana, y por el otro, porque los propios chicanos no están preparados para llevar a cabo, de manera organizada, un movimiento revolucionario. El autor, de hecho, ya desde el título habla de una revuelta, no de una revolución; los búfalos prietos han desaparecido y ahora habla de cucarachas. Los "batos locos", que debían alzarse en armas, no son más que un grupo de gente con buenas intenciones aunque sin preparación para enfrentarse al enemigo y dar paso a la formación de Aztlán ("ni siquiera puedes arreglar el lavabo, ese"). Zeta Acosta, como abogado —lo mismo en la novela que en la vida real— defiende las causas de su comunidad. Saber en qué consiste la profesión de abogado es fundamental para entender esta obra. *The Revolt of the Cockroach People* gira en torno a varios procesos judiciales que involucran a chicanos acusados de varios delitos, desde el robo hasta el lanzamiento de bombas. Buffalo Brown (Zeta Acosta) los defiende (la mayor parte de las veces infructuosamente) en la corte. El relato recrea cuatro casos en específico: uno de ellos, el de la muerte de Robert Fernández, que se sospecha fue asesinado por policías mientras lo mantenían en custodia; también los casos comunmente conocidos como "the East LA Thirteen, the St. Basil Twenty-One and the Tooner Flats Seven", que ocurrieron en la realidad, si bien en la novela aparecen con algunas modificaciones (cambios de nombre, sobre todo).

La novela critica la manera como el aparato jurídico-policial de los anglos entorpeció los distintos procesos. Buffalo Brown va perdiendo, uno a uno, todos sus casos.

Escrita de manera autobiográfica, *The Revolt...* bebe de dos fuentes principales: primero, su cercanía a la no ficción, y segundo, su búsqueda de lo que ha dado en denominarse como la Gran Novela Norteamericana. Es la época en que en América Latina comienza a surgir la novela testimonial (*Biografía de un cimarrón*, Juan Pérez Jolote) y en los Estados Unidos el Nuevo Periodismo (llamado así por Tom Wolfe). Oscar Zeta Acosta se acerca más a esta última tendencia. Seguramente influyó a Hunter S. Thompson y a la inversa. Es la década de los sesentas, una época caótica, cambiante; tan cambiante, que la única manera de aprehenderla fue a través de la utilización de técnicas propias del periodismo y la no ficción. Zeta

Acosta no fue ajeno a su tiempo. Encontró en la no ficción un campo propicio para mostrar la realidad chicana y para reafirmarse a sí mismo mediante la autobiografía. Sus dos únicas novelas muestran ese afán por insertar lo chicano en la vida pública estadounidense y por insertar su propia obra en ese Walhalla (diría Wolfe) que representa ser un escritor reconocido en los Estados Unidos. No lo logró. Sus narraciones, aunque de calidad, no llegaron al grueso del público norteamericano a causa de la propia esencia de Zeta Acosta: la de ser un escritor chicano. Quiso, al igual que Truman Capote, Norman Mailer y muchos escritores más, escribir La Gran Novela Norteamericana. Su ascendencia y temática se lo impidieron, cerrado el mercado editorial para una obra como la suya. Llegó, eso sí, a escribir dos grandes novelas chicanas, y en este sentido, debido a sus raíces mexicanas, a ofrecer dos obras que se emparentan con lo mejor de la tradición literaria latinoamericana. ♦

Bibliografía

- Acosta, Oscar Zeta, *La autobiografía de un búfalo prieto*, Conaculta-Grijalbo (Paso del Norte), México, 1994.
- , *The Autobiography of a Brown Buffalo*, "Introducción" de Hunter S. Thompson, Vintage Books, Nueva York, 1984.
- , *The Revolt of the Cockroach People*, Vintage Books, Nueva York, 1989.
- Fernández Retamar, Roberto, *Calibán*, Diógenes, México, 1974.
- Guajardo, Paul, *Identity Extremes: the Autobiographical Impulse of Oscar Acosta and Richard Rodríguez*, Universidad de Washington, Seattle, 1995, Tesis.
- Lamadrid, Enrique, "Ariel y Calibán: el encuentro desdoblado de chicanos y mexicanos", en *México en la conciencia chicana*, UNAM, México, 1988.
- Padilla, Genaro, *The Progression From Individual to Social Consciousness in Two Chicano Novelists: José Antonio Villarreal And Oscar Zeta Acosta*, Universidad de Washington, Seattle, 1981. Tesis.
- Ruiz, Andrés, *Catástrofes y compañía*, Conaculta (Periodismo Cultural), México, 1995.
- Stavans, Ilan, *Bandido: Oscar "Zeta" Acosta and the Chicano Experience*, Icon Editions-Harper Collins, Nueva York, 1995.
- Tatum, Charles M, *La literatura chicana*, SEP (Frontera), México, 1986.
- Villanueva, Tino, *Chicanos*, FCE/SEP (Lecturas mexicanas, 89), México, 1985.